

Canchinflines

Por: Pedro Trujillo

Meses tardaron en liberar a quien supuestamente agredió a la esposa de un nombrado funcionario público. Cuando “el asalto” ocurrió, muchos, y entre ellos un montón de eminentes feministas, se levantaron disparados de sus asientos para señalar la persecución y el maltrato del cual son objeto las mujeres, lo que les sirvió para captar atención —y fondos— y exhibirse profusamente en los medios.

Brindaron ruedas de prensa en que acentuaban el ataque y se apiñaron en torno a una causa que elaboraron, juzgaron y condenaron con rapidez y al unísono. ¡Hasta embajadores/as se apuntaron en el evento! El tal funcionario brindó entrevistas difundidas en radio, prensa y televisión, donde se proyectó lacerado, gemebundo y compungido. Días más tarde, presentaban una elaborada teoría que perseguía, condenaba y terminaba por encerrar al malvado hombre que meses después quedó en libertad, porque parece que la cosa no fue como todos —y todas— dieron por hecho, antes, por supuesto, de que la versión cambiara sustancialmente. ¡Y lo dijo la Comisión Internacional contra la Impunidad en Guatemala!, a la que quisieron separar de las pesquisas.

Para toda esa parafernalia se gastaron fondos públicos, se privó de libertad a una persona y se “resolvió” el caso, antes de haberlo investigado. La declaración expedita de la agredida y la presión de todos esos —y esas— miembros de la “mafia de los de la buena voluntad” sirvió para que el aparato mediático y corporativo, con contribución de algunos/as articulistas, se pusiera en marcha y elaborara la correspondiente teoría, independientemente de que fuera la correcta. ¿Acaso eso era importante?

Ocurre así a diario. Un grupo de “damas y caballeros”, únicos integrantes de sus propias ONG, da declaraciones en los medios y crea opinión pública en nombre de una sociedad civil que para nada representan. Sobreviven en un mundo donde parece que casi todo vale, incluidos sus mezquinos intereses. ¿Cuántas historias interesadas, como esta, se habrán fabricado y conducido a la hoguera a otras tantas personas? Posiblemente, más de las debidas.

Sin embargo, no he leído una sola nota de disculpa, admisión de error ni cambio de postura inicial. La soberbia —o el olvido, que estoy benévolo— es también compañera de viaje de ellos —y ellas—, insignes militantes de las ONG, que solo conciben el fin último para el que existen. Ni siquiera se retractó aquel burócrata que en teoría vela por nuestros derechos y que, cuando se equivoca, debería salir a la palestra y gimotear de nuevo, pero esta vez sonrojado.

Todo forma parte del poder difuso, mitad oenegista y mitad oficial, cargado de ponzoña que termina por invadir nuestra vida, generar opinión interesada y endilgarla como si fuera nuestra. Revelémonos contra esos fabricantes de conjeturas antes que nos incluyan en algún prefabricado caso y acabemos señalados, en prisión o en algún otro sitio peor.

¿Quién pedirá perdón ahora? ¡Nadie, por supuesto! Ni siquiera la noticia ha tenido trascendencia en prensa, al menos equiparable a la que tuvo el escándalo. Somos una sociedad hipócrita, porque mojigato es nuestro comportamiento o al menos el de

algunos —y algunas— que creen pueden seguir diciendo sandeces, lo que compromete a muchos y al echarles la culpa “a los de siempre”. Si los contamos (intente hacerlo), no son más de 30, pero presionan y se manifiestan una y otra vez, vetan a quienes no les gustan, imponen sus particulares intereses y promueven arbitrariamente lo que luego venden como opinión mayoritaria. Lo peor de todo: quienes apuntalan esos argumentos interesados y amañados es porque son incapaces de alzar su propia voz. ¿Cobardes o conformistas? Da igual, promueven idéntico efecto y permiten que todo esto ocurra impunemente.